

Isaías 50:4-10

Sermón Isaías 50:4-10 Pentecostés 17 2015 Sant. 2:1-5,8-10,14-18; Marcos 8:27-35.

32,88,124

“Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que escuche como los sabios. Jehová, el Señor, me abrió el oído, y yo no fui rebelde ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no aparté mi rostro de injurias y de esputos. Porque Jehová, el Señor, me ayuda, no me avergoncé; por eso he puesto mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado. Muy cerca de mí está el que me salva: ¿quién contendrá conmigo? ¡Juntémonos! ¿Quién es el adversario de mi causa? ¡Acérquese a mí! He aquí que Jehová el Señor me ayudará: ¿quién podrá condenarme? He aquí que todos ellos se envejecerán como ropa de vestir, serán comidos por la polilla. ¿Quién de entre vosotros teme a Jehová y escucha la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová y apóyese en su Dios.” (Isaías 50.4–10, RVR95)

Como estaban presentes aquí in Lima representantes de la junta de misiones de Estados Unidos esta semana, pensaba en la posibilidad de seleccionar un sermón de años anteriores para predicarles esta noche. Sin embargo, el texto del Antiguo Testamento para estas fechas es demasiado importante y consolador para dejarlo de lado a favor de algún otro texto. Aquí vemos al gran Siervo del Señor, dedicado a obedecer absolutamente la voluntad de su Padre celestial, por lo cual está seguro que será reivindicado por ese Padre celestial y que nadie podrá condenarlo. Pero cuando consideramos que todo esto lo hizo para nosotros, y que como resultado nadie puede condenar a nosotros, tenemos toda la razón en el mundo para contemplar lo que este texto nos revela y encontrar el consuelo que contiene para nosotros.

Realmente el que habla aquí es Cristo mismo a través del profeta. Lo que señala es su absoluta disposición de cumplir toda la voluntad de su Padre celestial, una voluntad que abarcará

terrible sufrimiento y muerte para él, pero que resultará en liberación y vida para nosotros.

Comienza: *“Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que escuche como los sabios.”*

Muchas veces en el Evangelio de Juan escuchamos a Jesús insistir que no habla por su cuenta, ni hace nada por su cuenta. Sólo habla lo que el Padre le dio para hablar. Sólo hace lo que el Padre ha indicado que es su voluntad para su Hijo. *“Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que lo envió, este es verdadero y no hay en él injusticia”* (Juan 7.16–18).

Jesús tiene un gran mensaje. Es un mensaje de salvación. Revela el pecado que los hombres han cometido y el juicio que ellos merecen debido a esos pecados. Pero también les habla de lo que él hará para obtener perdón y salvación para los mismos pecadores que habían merecido el juicio y la condenación del infierno. Jesús durante su ministerio proclamó: “Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Pero ¿de dónde sacó ese mensaje animador? En nuestro texto Jesús responde. Sólo está entregando el mensaje que Dios Padre le enseñó para que lo transmitiera a nosotros los pecadores. *“Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado”*. Pero la lengua necesita primero recibir el mensaje que va a transmitir. Así que el Siervo del Señor afirma que ha aprendido todo lo que el Padre quiere comunicar a la humanidad. *“Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que escuche como los sabios”*. En su estado de humillación en esta tierra, el Padre tomó la iniciativa. Constantemente comunicaba su mensaje y su voluntad a su Hijo. Eso fue el caso con su mensaje, como estas palabras proféticas hacen claras. Pero será igualmente verdad en cuanto a las obras de Jesús.

“Jehová, el Señor, me abrió el oído, y yo no fui rebelde ni me volví atrás”. Es evidente que lo que Cristo tendrá que hacer es algo sumamente difícil. Involucra dificultad o sufrimiento que no permitiría que ningún ser humano pecador lo aceptara sin ninguna resistencia o renuencia. Pero Cristo lo acepta todo. Ni por un momento piensa en no cumplir la voluntad de aquel que

lo envió. No fue rebelde, dice. No me volví atrás. Aun a sus enemigos Jesús podía retarles: ¿Quién de vosotros me redarguye del pecado? Todos nosotros somos desobedientes. Aun como creyentes con nuestra debilidad diariamente pecamos mucho. Pero Cristo hizo absolutamente todo conforme a la voluntad de su Padre.

Para saber cuán difícil sería rendir esta perfecta obediencia, nos cuenta algo de los sufrimientos que serán la voluntad de su Padre para él. “*Di mi cuerpo a los heridores y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no aparté mi rostro de injurias y de esputos*”. Pero notemos. Ésta no es una sumisión involuntaria, una sumisión porque es débil y no le queda otra. Más bien, conociendo la voluntad de su Padre, se somete voluntariamente. DI mi cuerpo a los heridores. Fue herido porque quería. Sabía que era lo que el Padre quería, y sabía que sería lo que nosotros necesitábamos. En el capítulo 53 de Isaías, describe el maltrato por los hombres pecadores. “*Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos*” (Isaías 53.3). Pero todo esto, Jesús lo aceptó voluntariamente, porque así su Padre lo quiso para lograr la salvación de los pecadores. En palabras del himno de Lutero: “Dios Padre al Hijo así habló:/ “Ya es hora de apiadarse:/ Ve al mundo Tú, -mi propio yo- / Que no podrá salvarse; / Sé Tú del hombre Salvación, Concédeme del mal perdón; / Vivir hazlo contigo”. Y luego la respuesta, resaltando la obediencia voluntaria de Cristo a todo lo que el Padre le mandó: “El Hijo en su sin par amor / Obedeció al Padre: / A ser mi Hermano y Salvador / Nació de virgen madre. / De su Deidad no se glorió, / Cual siervo humilde aquí vivió, / al diablo combatiendo.” (CC 451, 5,6.)

Así que el Siervo del Señor, Jesucristo, aquí declara: “*Porque Jehová, el Señor, me ayuda, no me avergoncé; por eso he puesto mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado*”. Puso su rostro como pedernal. Quiere decir que su decisión es absolutamente sólida, y nadie le podría persuadir a no cumplir lo que ha decidido. Eso es lo que escuchamos en el Evangelio de hoy, en donde escuchamos acerca de Jesús: “*Comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del hombre padecer mucho, ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, ser muerto y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente*” (Marcos 8.31–32).

El secreto de esta obediencia absoluta de parte de Cristo fue su absoluta confianza en su Padre celestial. *“Porque Jehová, el Señor, me ayuda, no me avergoncé”*. *“Sé que no seré avergonzado”*. Es esta absoluta confianza que lleva a Jesús a clamar a Dios como “Dios mío” aun cuando es abandonado por el Padre celestial durante las horas en la cruz. Todavía sabe que triunfará después del sufrimiento y que será glorificado.

Así es que puede también hacer el reto: *“Muy cerca de mí está el que me salva: ¿quién contendrá conmigo? ¡Juntémonos! ¿Quién es el adversario de mi causa? ¡Acérquese a mí! He aquí que Jehová el Señor me ayudará: ¿quién podrá condenarme?”* Aquel que se sometió a todo este dolor, toda esta ignominia de parte de los hombres, está seguro que será reivindicado. El hecho es que él, el perfectamente obediente, fue condenado, no sólo por los hombres, sino por Dios Padre mismo. Pero no por su propia culpa, sino por la nuestra. Todo esto lo hizo en sustitución por nosotros. Pero ahora que ha pagado el precio, ahora que ha sufrido todo lo que nuestra culpa mereció, sabe que Dios Padre lo declara justo, y su sacrificio aceptable. Ni Satanás ni ningún hombre podrá entrar en juicio con él ante el Juez, Dios Padre, y esperar tener éxito, porque Jehová Dios es el que lo salva y lo ayuda.

Pero porque es nuestro Sustituto, no sólo con su perfecta vida de obediencia, sino también en pagar por nuestra culpa, ahora lo que Jesús ha dicho de sí mismo aquí también lo podemos decir nosotros. *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”* (Romanos 8.1). Más tarde en el capítulo 8 de Romanos Pablo habla de nuestra situación en palabras que recuerdan lo que el Siervo de Jehová, Cristo, declara en nuestro texto: *“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”* (Romanos 8.31–34). Hemos sido unidos con Cristo en el bautismo y por la fe. Así que el veredicto del Padre sobre Cristo vale también para nosotros que estamos en él. ¿Quién, entonces, nos puede acusar? ¿Quién es el que condenará? Si en Cristo Dios ya nos ha declarado inocentes y salvos, ¿qué tenemos que temer en el juicio?

Así que, escuchemos la voz del Siervo de Jehová, Jesucristo. Temamos al Señor. Aunque nuestro camino también sea oscuro y lleno de aflicción, por medio de Cristo también podemos y debemos confiar en nuestro Dios y hallar nuestro apoyo en él. *“¿Quién de entre vosotros teme a Jehová y escucha la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová y apóyese en su Dios”*. Nosotros tampoco seremos avergonzados confiando en él. Amén.